damente en los pliegues de las colgaduras. Las bailarinas, inmóviles, con la mano apoyada sobre el hombro de su compañera, esperan la señal de la flauta, coronada de violeta.

El amante silencioso, exaltado hasta la fibra de su alma, inclina la cabeza sobre el pecho de la musa ardiente, y aspira á grandes oleadas el perfume de su aliento. El arte griego ha nacido de este beso. De la union misteriosa del alma del hombre y del alma de la mujer, de Eros y Psiquis, salió una belleza nueva, fuerte como la virilidad, graciosa como la languidez.

CAPITULO XV.

La geografía de Grecia pasó como la metempsícosis del suelo en su religion. El hombre no veia en esta tierra admirablemente equilibrada para su fuerza, ningun presentimiento de lo infinito. Ni un rio grande como un estrecho, que luchara ola contra ola con la marea, ni una montaña cortada para el pié de los gigantes, que suspendiera su balaustrada de nieve de estrella en estrella. Ni un huracan que amagara las cataratas del diluvio encerradas en las nubes, ni un trueno que retemblara por la atmósfera, como el hundimiento del universo.

Una vida monstruosa no detenia el pié del pasajero, bajo la forma colosal del elefante, del hipopótamo, del cocodrilo y del rinoceronte. Perdido en medio de la

inmensidad, ahogado por el sentimiento de la desproporcion, el drama habia divinizado la naturaleza; y para traducir á la mirada esta confusion del mundo y de la humanidad, habia representado á Dios bajo las formas mezcladas del hombre y del animal.

Pero á orillas del Ilisio, el nuevo civilizado dominaba la naturaleza desde toda la altura de su génio; la sujetaba, esclava halagadora, adormecida sobre sus rodillas. La naturaleza estaba vencida. La fuerza de las fuerzas era la humanidad. El antropomorfismo destronó el panteismo. La divinidad despojó la figura del símbolo para revestir exclusivamente el tipo humano.

El dios de Grecia vivió como el hombre, gastando hora por hora su vida en el juego, en el canto, en el amor, en los banquetes; tenia la primera virtud del hombre, la fuerza y la agilidad; andaba por el aire, jugaba con las montañas, era en fin, el hombre en todo, pero el hombre llevado á la exageracion, amplificado en el tiempo y en el espacio. Cubria con la sombra de su cuerpo siete yugadas de tierra, y sin ser precisamente eterno, porque la Grecia no concebia la inmortalidad, tenia ante sí una inmortalidad relativa de siglos.

Habia edificado su cielo sobre el Olimpo, á algunos pasos de altura, para tocar al hombre á cada momento. Le hablaba en las sombras de la caverna, mezclaba su sangre á la del hombre, le comunicaba su longevidad, su rapidez, su invulnerabilidad, la apoteósis de la estatura. Daba á Orestes siete codos de altura. Ponia la velocidad de la flecha en los piés de Aquiles.

Diverso y múltiple, era un dios diferente en nombre y atributos segun los pueblos de Grecia y las provincias del universo. Uno administraba el trueno, otro el infierno, otro el mar, otro el sol. Este era el dios de esta tribu, aquel el de esa ciudad. Todos seguian desde lo alto de los aires el ejército de sus clientes, y luchaban juntos, dios contra dios, diosa contra diosa. En una palabra, la divinidad de Homero era la Grecia idealizada, trasladada á algunos piés de tierra sobre una montaña. En esta federacion celeste, el Júpiter Panhelenio ejercia la misma atribucion de unidad que el consejo de los anfictiones en la alianza de las repúblicas.

Dios era eminentemente finito, tangible á la mirada, la Grecia desarrolló, sobre todo en el arte, la cualidad distintiva de lo visible, de lo finito: la medida ó por mejor decir el arreglo, introdujo el número y la medida por todas partes, no solo en el baile que es la postura del cuerpo rimada, no solo en la música, que es el sonido, sino tambien en la ley, en la ciudad, en la escultura y en la arquitectura. Sometió la sociedad entera á una nomenclatura rigurosa donde la misma cifra aparecia siempre.

Esta cifra servia igualmente para contar los dioses, los tiempos, las famas, las tribus y las subdivisiones de las tribus. Habia nueve Musas, nueve poetas líricos entre los hombres, nueve entre las mujeres. El coro trájico ó cómico se componia siempre del mismo número de cantantes arreglados en círculo sobre el teatro.

Una sábia geometría abrazaba hasta los menores

pliegues de la civilizacion. Todo era simétrico, todo medido. La arquitectura tenia tambien sus cánones, ó medidas escritas tan rigurosamente como en una liturgia. La escultura tenia tambien sus cánones, misteriosamente escondidos en la escuela de los estatuarios. La calle misma estaba regulada. Hippodamo de Mileto formuló el primero la matemática sagrada del camino.

En una sociedad tan cadenciosa, tan sometida á una inmensa prosodia, desde la palabra hasta la piedra de la casa, la educacion era una iniciacion á la simetría, á la medida. La Grecia enseñaba exclusivamente á la infancia la gimnasia, que era la ciencia del ritmo apropiada á los movimientos del cuerpo humano, y la música, que era la armonía universal de los distintos conocimientos del espíritu humano.

La gimnasia abrazaba todos los ejercicios del baile, de la lucha, del andar, de la pasion. El guerrero debia desplegar la gracia de los gestos que habia aprendido en el gimnasio, al morir en el campo de batalla. Cuando un soldado habia combatido con valor, la Grecia decia que habia bailado bien. Sujetaba á este ritual de la pantomima arreglada, los movimientos más expontáneos, los más líricos de la pasion; tenia en algunas de sus ciudades escuelas de seduccion, en las que se enseñaba á las niñas las sábias languideces de la Jonia; en fin, en los juegos públicos se adjudicaba un premio al beso más melodiosamente dado.

La música abrazaba en su definicion múltiple, todas las artes que caian bajo la aplicacion de la proporcion y de la medida. Era una especie de iniciacion espiritual que insinuaba en la sensacion aun maleable y plástica del niño, el número y la armonía, y le preparaba insensiblemente al sentimiento de la justicia y de la belleza. A los cantos se les llamaba leyes como si entre la política y la música, en las ideas de la antigüedad hubiera una misteriosa sinonimia. Orfeo era el primer legislador de la antigua Helenia.

Así el canto y el baile formaban bajo el nombre de *corea*, la educacion completa de la juventud. El uno perfeccionaba el cuerpo, el otro el alma. Toda figura, decia Platon, que expresa las buenas cualidades del alma y del cuerpo, sea en ellas mismas, ó en su imágen, es bella é inspira la belleza.

Esta predisposicion musical, matemática, brotaba del alma griega á la arquitectura. La arquitectura era una sucesion de líneas sencillas y armoniosas, encerradas en los mismos períodos, y sujetas á las mismas cadencias. Despreciaba la complexidad, la multiplicidad de las combinaciones, limitaba á su génio algunas melodías invariables de formas que reproducia infatigablemente en los edificios. El templo era un himno sagrado que las rapsodias repetian por todas partes.

Estaba compuesto de un stilobato, de un peristilo, de un fronton y de un entablamento. Las piedras estaban arregladas entre sí, con la inflexible regularidad de la poesía. Una medida misteriosa regulaba la relacion del diámetro con la altura de la columna y la del chapitel con el entablamiento. Por ninguna parte, un golpe de cincel escapaba á la armonía matemática de esta uniformidad. La inspiracion del arquitecto estaba

siempre modulada, calculada, para arreglar á las almas simétricas, adolescentes, pacíficas, cargadas de un corto número de sentimientos. Ninguna línea imprevista ó apasionada venia á embarazar la mirada, á inquietar la imaginacion. El templo admirablemente proporcionado en todas sus partes, y bañado en luz en todos sus contornos, se destacaba sobre la limpidez de la atmósfera, radiante de claridad y sencillez.

Pero la arquitectura no era más que la raíz del genio ateniense. La flor de este génio debia brotar en la escultura. La escultura sola, en efecto, refleja maravillosamente la naturaleza de la Grecia y de su religion. La Grecia estaba como hemos visto, dividida en varios estados, y su teología en varias divinidades independientes. La estatuaria, necesariamente limitada en su expresion y su materia, era una lengua predestinada á expresar figuras aisladas y episodios limitados á algunas figuras. Despues tenia el privilegio exclusivo de la representacion de la divinidad: el ídolo era una estátua, porque la estátua podia únicamente justificar esta creencia de los antiguos, que el dios invocado asistia corporalmente á la piedra.

La escultura era una especie de resurreccion para el mármol que la Grecia decretaba á sus grandes hombres y á sus héroes. El espíritu de la analogía debia darle para personificar actos ó nombres inmortales, tanto más cuanto que empleaba las materias más incorruptibles y más resplandecientes de la idea de la inmortalidad. Era la belleza suprema, ideal, que juzgaba y comparaba consigo como con una medida comun, todos los demas géneros de la belleza. Cuando

la admiracion pública queria ponderar una obra maestra en poesía la comparaba á una estátua.

La escultura es, pues, el alma griega presentada á la mirada y expresada en toda su gracia y candidez. Por eso, á medida que Aténas, más plástica que religiosa, sustituyó el arte al culto, ó más bien elevó el arte á culto, abandonó la estatuaria cargada de colores y de telas, imitacion tradicional, reminiscencia hierática de los ídolos, para unirse más al mármol, que reviste las formas de un esplendor dulce y velado, que las idealiza, las presenta como á través del vapor aéreo de un alba llena de serenidad. El mármol permitia al espectador por su brillo uniforme, seguir la línea ondulante de la estátua al través de sus armoniosas reflexiones, despojando la vida de su color, para no enseñar más que el ejemplar divino vaciado en un rayo pálido.

El Paros animado, inspirado por el hombre, inmóvil y tranquilo por naturaleza, refractario á la accion y pasion, formuló únicamente en la estátua, una melodía visible de líneas suaves muellemente desplegadas en gestos y contornos; radió la pacífica magestad de la belleza física en su pura abstraccion, en su pura esencia representó bajo una desnudez brillante, la apoteósis del cuerpo humano.

La escultura era la más alta expresion del génio voluptuoso de Aténas embriagado por el beso de las hetarias. Celebraba esta forma exterior del hombre tan espléndida que la Grecia le habia revelado á la mirada de la divinidad. No puedo ver un jóven sin admiracion, decia un filósofo, porque mis ojos se dirigen al Antíloco como hácia un astro.

La civilizacion helénica no era más que la perpétua glorificacion de la gracia, de la belleza, de la voluptuosidad, de la poesía material, de la felicidad. Vivia sentada como en un largo panegírico, en medio de las flores, de los juegos, de las flautas, de los bailes, de los coros, de los himnos y de los suspiros de amor. La tragedia misma con sus crímenes y asesinatos llega á nosotros al través del tiempo, de ola en ola sobre ecos de fiestas, en medio de perfumes. Harmodio tenia su puñal escondido bajo un ramo de mirtos, como un sueño de muerte bajo una sonrisa. Sócrates esperaba para morir la vuelta de la teoría, y el último suspiro del Cristo ateniense, subia á Dios con el ruido de las olas del Pireo. La justicia no vertia sangre por miedo de turbar sobre las facciones del culpable, la paz de la fisonomía. Le presentaba la muerte en una pocion de sueño. Focion no era ya más que un cadáver helado por la cicuta, cuando unos jóvenes atenienses que volvian á caballo de una fiesta nocturna, coronados de de flores y al compas de las chirimías, detuvieron sus caballos á la puerta del hombre de bien, y colgaron de ellas sus coronas.

La belleza siempre, hasta bajo el sudario, era la poesía y la pasion de Aténas. La ciudad artista queria ver continuamente brillar su imágen. Excitaba en todas sus tradiciones y en todas sus fiestas, su tentacion en el alma. Paseaba á la bella Mnesareta, desnuda y con el cabello flotante á orillas del mar, para dar á la muchedumbre una representacion del nacimiento de Vénus. Cuando la jóven desposada coronada de flores de sésamo, iba á entrar en el lecho nupcial, sus

compañeras le presentaban una estátua de Aténas cubierta de violetas, á fin de que concibiera en el espectáculo y en el sueño de la belleza.

Pero la belleza, era para los griegos, la belleza musical sujeta á las condiciones del ritmo y de la simetría. El ritmo, en la escultura es el tipo; el tipo variaba segun el personaje. Habia el tipo de Hércules, de Apolo, de Júpiter, de Palas, de Baco, de Sileno, de Fauno, de las dos Vénus, y, en fin, de todos los héroes, de todos los poetas. El tipo, una vez fijado, era inviolable para el escultor.

La escultura era la forma soberana de arte que despertaba en las almas la más profunda simpatía. La pintura era más humilde, estaba relegada á las puertas de la religion. Repetia tímidamente, con el pincel en la mano, la belleza puramente plástica de la estátua. Destituida del derecho de representar en el templo á la divinidad, marchó con la frente baja siguiendo los pasos de la escultura. Sirvió para iluminar el bajo relieve por medio del color. La escultura habia creado ya sus obras maestras y ella balbuceaba aún sus primeros inventos.

El hermano de Fidias no habia podido dar espresion á los combatientes en su cuadro de la batalla de Maraton. Polygnoto, algunos años despues hizo una revolucion en la pintura, únicamente por haber entreabierto la boca á sus personajes. Apolodoro completó á Polygnoto inventando la sombra, es decir, la ciencia entera del modelado. En fin, la pintura siempre *monocroma*, como para marcar la uniformidad de la estatuaria, y demostrar su indiferencia respecto al

color, su vida, su alma, su cualidad distintiva, su lenguaje entre todos los lenguajes, vino tarde, anduvo lentamente y alcanzó su pleno crecimiento, en la época de Alejandro, á la misma hora que el arte griego, sin inspiracion, iba á pasar.

La Grecia, eminentemente matemática en todo, aplicaba la ley del número á la tragedia. La tragedia era propiamente hablando, una solemnidad religiosa celebrada en medio de plegarias y de perfumes. El poeta trájico, poeta y sacrificador á la vez, desarrollaba su accion más allá del mundo conocido en la fúnebre region del misterio. La daba á representar, para más ilusion, á un actor que habia despojado al hombre, y revestido con el coturno y la máscara, una estátua y una figura fuera de la humanidad. Representaba la lucha grandiosa de Dios y del hombre llevada á su mayor grado de poder en el héroe. Ponia al interés del drama únicamente la sublimidad del ser que heria y de la víctima herida. Recordaba armoniosamente, bajo una forma poética, la antigua ley del sacrificio, borrada por el progreso de la civilizacion. Evocaba la voz moribunda de la teología pasada, que media segun la miseria de la raza la grandeza de la divinidad.

El teatro era, pues, un curso dramático de moral religiosa en accion, un diálogo de alma humana con ese *fatum* misterioso que lleva en sus manos nuestro destino. Y á cada entreacto, el coro venia á significar al espectador por el carácter de la máscara y por la voz del oráculo, la respuesta del Dios terrible, hecha á la pregunta temblorosa de la conciencia.

La Grecia, sometida á su métrica hasta en el dolor, imponia á la tragedia el mismo sistema que á la poesía. Los actos y los coros iban y venian arreglados y fijados con anticipacion como las horas en un cuadrante. Porque, y no nos cansaremos de insistir sobre esta idea, el génio de la Grecia, era el génio del número, el génio del ritmo, que clasifica, que caracteriza lo finito. Por eso en el corto espacio de algunos siglos, desarrolló infinitamente la ciencia de la relacion, y de la extension. Perfeccionó la aritmética y la geometría sepultadas é inertes en las catacumbas de los santuarios de Egipto. Descubrió por segunda vez, esos instrumentos abstractos de la inteligencia del hombre sobre la naturaleza. En la primera embriaguez de esta conquista llegó hasta á colocar la cifra sobre el altar, de manos de Pitágoras. En fin, llevó el número hasta el raciocinio, inventó el silogismo.

Tal fué la colaboracion del pueblo griego en la propaganda del progreso. Arrojado, digámoslo así, en el eden del pensamiento, limitado por todas partes, libre del panteismo confuso de la naturaleza, libró tambien el espíritu humano. Hizo para siempre la parte de lo finito. Descubrió la ley de la proporcion. Produjo el elemento de la belleza. Creó la escultura, la cerámica, la pintura, la oda, la comedia, el baile, la música, y despues de crearlos arrojó sobre sus triremes (1) estos moldes divinos, estos ejemplares imperecederos de lo bello, y fué á llevarlos al compás armónico de sus remos, á toda las playas del Mediterráneo. Y despues

(1) Galeras de tres órdenes de remos.—*Nota del traductor.*

de haberlos depositado, hasta donde el aire llevó sus velas, en las olas, en las ciudades de Africa y de Europa, sintió que su obra estaba concluida y que habia llegado su hora. Como la palmera en su gloria, habia abierto sus flores al sol. Una brisa habia recogido al paso la semilla y la habia esparcido por el espacio. Y ahora que su vida pasaba á otros climas, moria.

Llevaba en sí el castigo de la soledad, por no haber querido entrar en comunidad política con las demás naciones. El extranjero era siempre á sus ojos el bárbaro, no conocia otra relacion internacional con él que la esclavitud. Semejante al colono inesperto de las primeras edades que iba siempre derribando los árboles de la selva, ensanchaba indefinidamente en torno suyo, el desierto. No supo hacer, ni un poder ni una familia, de todas las diversas razas esparcidas por las fronteras. No pudo alcanzar en su propio suelo la unidad, para realizar más allá de sus límites, una unidad más poderosa.

Y cuando Alejandro, el heredero universal del alma griega, condensada y ardiente, quiso por el irresistible deseo de la vida siempre solicitada en el esterior, penetrar más en el espacio, reunir todas las familias, fundar antes de tiempo la humanidad, buscó en vano el camino del destino; marchó hácia Oriente al revés que el sol, abrió el Asia con la punta de su espada, la atravesó de un salto sobre el canto de triunfo, sembró las ciudades al paso, borró los límites con su planta, llamó á las razas en torno suyo, esparció las ciencias de la Grecia al viento, como las voluntades de Dios, al ruido de los imperios que se hundian, arrojó las viudas de Persia en brazos de sus capitanes, se desposó con las reinas de la víspera caidas en su botin, celebró dia y noche sobre su lecho las bodas de los dos continentes, tomó el traje de los vencidos para hacer la paz con la derrota: lo probó todo, lo agotó todo, la fuerza, la astucia, la gloria, la supersticion, la voluptuosidad, la simpatía bajo la inspiracion de una idea desconocida, gigantesca, la de fundir todas las almas en una sola, todas las naciones en una patria, y arrastrado por el invencible deseo de su aspiracion, fué de este modo á orillas del Indo, siempre crédulo, siempre engañado, viajero de una quimera, obrero de un imposible. La ola de pueblos, abierta por su espada, volvia á unirse bajo sus plantas. El suelo movible devoraba tan rápidamente la señal de sus piés, como el Océano devora la espuma del surco de los navíos. Génio más grande que el universo que él queria convertir, segun su pensamiento, y que no queria comprenderle: vencedor y nunca dueño, condenado á no poseer más que el terreno que pisaba en este mundo que habia conquistado, irritado de esta injusticia, ó más bien de esta resistencia de la fortuna á su ambicion, hirió con el sordo furor de los ejércitos á los ejércitos, y por la tarde despues del combate, volvia solo á su tienda y leia un canto de la Iliada.

Comprendió que habia equivocado su camino, que habia marchado en sentido inverso de la civilizacion. Volvió sobre sus pasos, con las manos cargadas de inútiles victorias. La impotencia de Grecia cayó sobre su corazon como ola de melancolía. Sintió anticipadamente como una profecía fúnebre del engaño de

su destino. Habia creido poseer el mundo, porque le habia atravesado como un relámpago, y el mundo se le escapaba, no habia conquistado más que el vacío á fuerza de batallas. Se refugió para huir de la persecucion de este pensamiento, en no sé qué apoteósis. Y cansado de la embriaguez de la gloria, se volvió con desesperacion á la voluptuosidad. Espiró con la copa en la mano sobre la púrpura de Babilonia, sueño heróico de la juventud de la humanidad. Y al morir, como debia morir la civilizacion de la belleza sensual, en una orgía, entrevió sus funerales detras de su ataud. En efecto, el mundo griego estaba agonizando.

Y sin embargo, el sublime aventurero habia llevado á cabo una obra inmensa. Habia esparcido el alma griega, con la mamo de la victoria, por toda el Asia occidental, y preparado por la unidad de la lengua, otra unidad aun sellada bajo un tabernáculo de la Judea. Alejandro ha sido en Oriente el precursor armado de Cristo, como César lo fué despues en el Occidente. El uno ha abierto la escena del cristianismo griego, el otro del cristianismo latino.

CAPITULO XVI.

La civilizacion, al salir de Grecia, dió un paso más y se acampó hácia la parte de Oeste.

La Italia era, como la Grecia, una península, arrancada y unida á un tiempo á los otros pueblos por el Mediterráneo, que le servia á la vez de camino y de frontera. Estaba aislada, sin estar cerrada. Esta larga calzada de tierra, que se estendia de los Alpes á la Sicilia, entre dos mares, tenia dos fachadas, una abierta á Oriente, otra á Poniente. Como la simbólica figura de Jano, miraba por un lado el pasado, por otro el porvenir.

La civilizacion oriental habia arrojado numerosas avanzadas al Este, al Oeste y al Mediodia del Mediterráneo. Siracusa, Cartago, Marsella, Cádiz, Tarento,